

La etapa lítica y las categorías utilizadas en México y Estados Unidos para designar las etapas arqueológicas más antiguas

El presente artículo analiza el concepto de etapa lítica y sus subdivisiones (arqueolítico, cenolítico, protoneolítico), que el prehistoriador José Luis Lorenzo introdujo en 1969 como una forma de organizar de manera sistemática los más antiguos materiales arqueológicos de la lítica tallada y pulida, conocidos hasta esa época en México. Dichos materiales abarcan la etapa que se inicia con la llegada del hombre antiguo a este territorio (como cazador-recolector), hasta el momento en que las sociedades prehispánicas —con el paso de los milenios y con su conocimiento del territorio— inician el cultivo de sus alimentos. También se incluye el tema de la clasificación y periodización de los materiales líticos de dicha época, según lo exponen los arqueólogos estadounidenses Gordon Willey y Alex Krieger. Finalmente, se lleva a cabo una primera reflexión sobre el uso de la nomenclatura empleada por la arqueología mexicana en el norte de México, misma que se basa en los planteamientos, cronología y nomenclatura aplicada en Texas. Lo anterior constituye un problema, pues al retomar conceptos y categorías de la arqueología estadounidense, se ignora la historia misma del desarrollo de la arqueología mexicana. Esto se plantea como hipótesis de que dicha situación limita y afecta el desarrollo y originalidad de lo que la arqueología del norte de México pueda estudiar.

The article discusses the notion of the Lithic Stage and its subdivisions (Archaeolithic, Cenolithic, Protoneolithic) proposed in 1969 by pre-historian José Luis Lorenzo, who introduced it as a means of systematically organizing the most ancient archaeological carved and polished lithic material known up to that time in Mexico. These materials mark the stage that began with the arrival of ancient man to this territory (as hunter-gatherers) and ended with the discovery and spread of agriculture. The article also addresses the hypotheses of Gordon Willey and Alex Krieger concerning the classification and periodization of lithic materials from that period. Finally, the paper discusses the use of nomenclature in Mexican archaeology of northern Mexico based on the proposals developed in the states bordering Texas and Arizona, which raises a problem: by using concepts and categories from U.S. archaeology, one overlooks the very history of the development of Mexican archaeology. This situation limits and hinders the development and originality of what the archaeology of northern Mexico can study.

El estudio de las etapas más antiguas de la historia de México ha dependido en buena medida del análisis de los artefactos líticos tallados, los cuales se han convertido en el principal documento para el estudio del poblamiento de México, que abarca desde la época de los grupos de cazadores recolectores hasta la introducción y práctica de la agricultura como la principal técnica de obtención de alimentos en el territorio actualmente conocido como Mesoamérica.

* Museo Regional de La Laguna, Centro INAH-Coahuila.

Al norte de Mesoamérica también se ha privilegiado el estudio de los materiales líticos tallados, particularmente en el desierto, comenzando con las sociedades cazadoras-recolectoras (que originalmente lo poblaron) y continuando hasta el momento de la conquista española, sin que existiera el rompimiento que implica el cambio de una tecnología de apropiación de los recursos naturales, por una tecnología de producción de los alimentos, incluyendo la introducción de la cerámica.

La razón por la que se depende del material lítico para el estudio de la economía de los grupos cazadores recolectores —desde los más antiguos hasta los más modernos— se debe principalmente a la capacidad de la roca para sobrevivir al tiempo, la humedad y los efectos químicos del suelo, ya sea que esté enterrada o se halle en la superficie, a diferencia de los elementos elaborados con material orgánico (como fibras, madera, hueso, etc.)¹ Posiblemente también porque muestra una variabilidad morfológica que en algunos casos coincide con una cronología específica. Asimismo, se ha privilegiado a la punta de proyectil como el artefacto de piedra cuya forma, en principio, podría indicar diferentes temporalidades; lo mismo sucede con otros artefactos líticos asociados a determinados tipos de puntas.

En 1967, la publicación de la obra del prehistoriador José Luis Lorenzo “La Etapa Lítica, del prehistoriador” marcó la primera vez que en México se formuló la necesidad de unificar criterios y nomenclatura para ordenar los sitios arqueológicos que no mostraban cerámica ni restos arquitectónicos, con base principalmente en la lítica; más adelante, la comunidad arqueológica de este país aceptó y utilizó ampliamente dichos criterios.

El mencionado autor se confronta a principios de la década de 1960 con la necesidad de establecer un orden y una periodificación del material lítico que hasta el momento había sido

reportado en México, tanto de superficie como de excavación, para enfrentar el reto que suponía —en un país con inmensos sitios arqueológicos de arquitectura monumental— que ese material tuviese presencia y congruencia con la sala destinada al tema del hombre antiguo en México, la cual se ubicaría en el nuevo Museo de Antropología.

Sin embargo, desde la perspectiva de Lorenzo y seguramente del proyecto en general, también era necesario proporcionar al público una idea de la manera como “...el hombre había ido superando etapas hasta sentar las bases sobre las que se alzarían las altas culturas de México” (1967: 23). Lo anterior también constituía el motivo de la construcción del museo mismo, para que de esta forma exhibiera de manera prioritaria el material de los sitios arqueológicos que abarcarían del Preclásico al Postclásico mesoamericano.

Para resolver este problema, Lorenzo propone reunir el material arqueológico que antecede al Preclásico en una gran etapa que denomina “lítica” con tres horizontes: Arqueolítico, Cenolítico (subdividido en dos) y Protoneolítico, e introducir una cronología (como se muestra en el recuadro).

José Luis Lorenzo no explica los alcances de la utilización del término “etapa lítica”, pero sí menciona el criterio utilizado para incluir los sitios dentro de uno u otro de los “horizontes” en los que divide esta etapa. Se trata de un criterio basado en las características tecnológicas de los materiales de piedra presentes en los yacimientos considerados como antiguos.

Pero, ¿qué se consideraba como “yacimiento antiguo” en la arqueología de la prehistoria y

<i>Etapa Lítica</i>		
Horizontes		Cronología
Arqueolítico		Antes del 25 000 al 12 000 a.C.
Cenolítico	Inferior	12 000 al 7 000 a.C.
	Superior	7 000 al 5 000 a.C.
Protoneolítico		5 000 al 2 500 a.C.

FUENTE: Lorenzo, 1967: 28-33.

¹ Se entiende que las sociedades que incluye la etapa lítica no utilizaron la cerámica, pues cuando ésta aparece hacia el Protoneolítico, en contextos arqueológicos y sin estar asociada a la práctica de la agricultura, su presencia e influencia resulta muy reducida.

particularmente en el territorio que en algún momento se convertiría en Mesoamérica? El sitio con presencia de restos de fauna extinta asociados a artefactos —y en casos excepcionales a restos óseos humanos (o coincidencia en el estrato geológico)— fue en el pasado y continúa siendo, el sitio *antiguo* por antonomasia. A falta de este indicador y antes del advenimiento del fechamiento por carbono 14, se consideraba como antiguo todo sitio sin cerámica, arquitectura, ni evidencia de que se hubiera practicado la agricultura. Posteriormente, el fechamiento por radiocarbono 14 sustituye o complementa los criterios antes mencionados, mismos que predominaron en la frustrada aventura arqueológica en busca del hombre antiguo conocida como “Hombre de Tepexpan”. (Aveleyra, 1950: 53-60; De Terra, 1946; Krieger, 1950: 343-349).

Lorenzo no tenía la posibilidad, si deseaba ser congruente con el esquema general del Museo Nacional de Antropología, de que cada uno de sus horizontes fueran “etapas”, como de hecho lo plantearon autores estadounidenses como Alex Krieger y Gordon Willey.

Necesitaba evidenciar, más que los rompimientos, la vinculación de cada uno de estos horizontes con el siguiente, y al final de la etapa Lítica mostrar de igual manera un tránsito relativamente armonioso y comprensible hacia la siguiente etapa y cultura (la mesoamericana) y en términos de horizonte, el Preclásico.

Los dos primeros horizontes de la etapa Lítica únicamente se caracterizan con base en los artefactos líticos tallados, en particular para el Arqueolítico, debido a la ausencia de puntas de proyectil, así como en el carácter más bien burdo de la lítica en general. Se asemeja al estadio “Pre-Punta de Proyectil” propuesto por Krieger en 1964 (Krieger, 1964: 42).

El Cenolítico se subdivide en dos partes. El Inferior, se identifica por la presencia de determinado tipo de puntas de proyectil, principalmente las acanaladas (como la Clovis o Folsom), o mostrando la morfología general de éstas (como la Plainview). En Norteamérica el equivalente de este horizonte sería el Paleoindio.

Así pues, hasta este horizonte sólo existe evidencia de la aplicación del tallado de piedra con diferente grado de habilidad, pero a partir del Cenolítico superior, (en Estados Unidos denominado Arcaico) se incluye también la presencia de los artefactos en piedra pulida por uso y/o por manufactura, como las lajas y morteros de piedra (así como sus manos) utilizados para moler particularmente granos silvestres y otros productos, los cuales resultan el principal criterio para la diferenciación entre horizontes y en buena medida se convierten en indicador del Cenolítico superior.

El Protoneolítico ya implicaría la presencia de la cerámica² y el inicio de la agricultura, aunque aún no del todo desarrollada como para depender primordialmente de ella para la adquisición de los alimentos. Como puede observarse, se disminuye el papel de la lítica tallada, aunque se refrenda la presencia, el desarrollo y el perfeccionamiento de la manufactura de la lítica pulida y además se introducen otros factores que deberán observarse, como el tipo de plantas cultivadas (Lorenzo, 1967).

Lorenzo nunca modificó su nomenclatura pero sí los fechamientos de cada etapa, según se puede apreciar en dos de sus publicaciones posteriores (1975 y 1980), como aparece en la tabla de la página siguiente.

Este autor no fue el primero en proponer categorías para agrupar los sitios arqueológicos de las etapas más antiguas en México, que revelarían una diferencia entre un periodo y otro. Ya existían algunos intentos por parte de geólogos mexicanos de proporcionar un orden a los hallazgos relacionados con los habitantes más antiguos de México que permitiera unificar criterios. Por ejemplo, en un breve trabajo, Manuel Maldonado-Koerdell utiliza los términos de la prehistoria europea para agrupar los hallazgos más antiguos en México o sea: Paleolítico inferior, Paleolítico superior y Neolítico (Maldonado-Koerdell, 1949: 12-13).

Hacia 1962, otro prehistoriador mexicano, Luis Aveleyra Arroyo de Anda, publicó su catálogo razonado de localidades consideradas como

² La cerámica aparecerá en el Cenolítico superior en algunas regiones del país y en el Protoneolítico en otras.

Etapa	Año de publicación		
	1967	1975	1980
Arqueolítico	Antes del 25 000 al 12 000 a.C.	50 000 a 14 000 a.C.	30 000 -14 000 a.p.
Cenolítico	Inferior	12 000 al 7 000 a.C.	14 000 a 9 000 a.C.
	Superior	7 000 al 5 000 a.C.	9 000 a 7 000 a.C.
Protoneolítico	5 000 al 2 500 a.C.	7 000 a 4 500 a.C.	7 000-4 500 a.p.

prehistóricas. A cada una de estas localidades les asigna una de dos fases culturales, basándose en la nomenclatura propuesta por Arthur Smith en 1957: la fase paleoindia y la fase mesoindia (Aveleyra, 1962: 10).

El título de la publicación de Aveleyra, “Antigüedad del Hombre en México y Centroamérica: catálogo razonado de localidades y Bibliografía Selecta (1867-1961)” se presta a dos preguntas elementales; la primera arriba ya enunciada: ¿Qué entiende Aveleyra por “hombre antiguo”?, la segunda sería “¿Qué temporalidad le asigna?”

Desde un punto de vista geológico, el hombre antiguo según este autor, vivió en “[...] el Pleistoceno³ terminal —o sea la etapa glacial Wisconsin⁴ con sus correspondientes pluviales en zonas no glaciales— y la primera mitad del reciente u Holoceno [...]”,⁵ y según la clasificación de Antevs,⁶ en términos climáticos coincidiría con todo el Altitermal y principios del Meditermal (*ibidem*: 8).

Por lo que a distribución geográfica se refiere, Aveleyra divide el territorio mexicano en dos partes: Mesoamérica y el norte de México. Asigna una cronología diferente para la presencia de la cultura del hombre antiguo. En la primera región —Mesoamérica— la antigüedad termina hacia el 1800 o 1500 a.C, es decir, con el inicio del Preclásico; mientras que en el norte de México finaliza hacia el 4000 o 5000 a.p. (entre el 3500 y 2500 a.C.) (Aveleyra, 1962: 9). O sea, “...la limita al Pleistoceno terminal o al reciente inferior y medio...” según su propias palabras⁷ sin abundar en consideraciones respecto a la diferencia cronológica que propone para una y otra región.⁸

³ El Pleistoceno es el periodo geológico que coincide con la última glaciación o Gran Edad del Hielo en Europa y en Norteamérica.

⁴ La glaciación Wisconsin es la última de las glaciaciones en Norteamérica (las anteriores son: Nebraska, Kansas, Illinois). Se le ha dividido en tres periodos: el más antiguo, que abarca del 85 000 al 65 000 a.p.; el intermedio, que abarca del 65 000 al 35 000 a.p. y el final que alcanzó su máxima expansión entre el 35 000 y el 10 000 a.p. (Meltzer, 1993:28). Entre una y otra glaciación se intercalaron periodos más cálidos denominados interglaciales

⁵ El inicio del último interglacial de la Wisconsiniana marca el final del Pleistoceno y la entrada del Holoceno (Encarta® 99). El Holoceno es el periodo geológico que sucede al Pleistoceno y se inicia con la retirada de los hielos entre el 10 000 y el 8 000 a.p., abarcando hasta el presente.

⁶ Ernest Antevs, geólogo estadounidense estudioso de las fluctuaciones del nivel del agua de los lagos del desierto del suroeste de Estados Unidos. Debido a que estas fluctuaciones han sido producidas por cambios climáticos, Antevs se propuso desarrollar una cronología de tales cambios (Hester *et. al.*, 1997: 342). Así, propone que estos cambios pueden resumirse a partir de tres sucesos

denominados por este autor Anatermal, Altitermal y Meditermal. El Anatermal describiría propiamente las condiciones inmediatas posteriores al término del glacial Wisconsin, caracterizado por un clima más húmedo y fresco que el actual. El Altitermal señalaría la presencia de un clima más seco que el presente y el Meditermal el clima aproximadamente como el actual (Jennings, 1968). Al mismo tiempo los arqueólogos han intentado correlacionar particularmente el Altitermal con fenómenos arqueológicos. En términos geológicos, el Altitermal coincidiría con el Holoceno medio fechado entre 7 500 y 5 500 a.p. (Meltzer, 1993: 131).

⁷ “En la parte norte de México, que queda excluida de Mesoamérica y con una evolución cultural marcadamente distinta que se caracteriza por la supervivencia marginal hasta tiempos tardíos, de grupos esencialmente nómadas con modos culturales de tipo paleoindio, los materiales que se incluyen son solamente aquellos que pueden atribuirse con bastante certeza y por medio de válidos criterios (consideraciones geológicas acerca de la antigüedad del yacimiento, posición estratigráfica definida, tipología establecida con solidez, etcétera), al Pleistoceno terminal o al reciente inferior y medio de la región, o sea, una antigüedad mayor de 4 000 a 5 000 años a.p., en términos generales.” (Aveleyra, 1962: 9)

⁸ De acuerdo con la clasificación de Lorenzo, posterior a la publicación de Aveleyra, este rango de tiempo caería dentro del Protoneolítico, periodo cuyas prácticas de cultivo prácticamente están ausentes en el norte de México (Lorenzo, 1980: 107).

Esta antigüedad comprende tanto el Paleoindio como el Mesoindio. Por Paleoindio entendería este autor “[...] todos aquellos hallazgos o localidades atribuibles a cazadores nómadas de fauna extinta, en su inmensa mayoría confinados cronológicamente dentro de los límites del Pleistoceno Superior” (*ibidem*: 10).

El Mesoindio se refiere a “[...] las culturas de recolectores avanzados y cultivadores incipientes semi-sedentarios, que constituyen una etapa proto-agrícola de transición entre los cazadores “paleoindios” del Pleistoceno y los inicios de las altas civilizaciones prehispánicas.” (*Ibidem*). O sea que se podía comprobar ya “[...] la agricultura firmemente establecida [...]” (*Ibidem*: 11).

En esta etapa entrarían los grupos afines a las “Culturas del Desierto” del suroeste estadounidense. En síntesis, se trata de un momento intermedio “[...] entre la caza-recolección primitiva, por una parte, y la agricultura firmemente establecida por la otra.” (*ibidem*). Sin embargo, a diferencia de Lorenzo, a Aveleyra no le interesa agrupar los sitios por etapa cronológica y cultural sino por regiones geográficas, independientemente de su clasificación cultural.

Hacia la década de 1980, con motivo de la preparación del primer volumen de “México un pueblo en la historia”, editado por la Universidad de Puebla, Enrique Nalda realiza una reflexión preliminar sobre las sociedades más antiguas, antes de entrar al meollo de su trabajo que era el origen y formación de las clases sociales en el México prehispánico. Si bien los datos sobre los sitios y artefactos los retoma de

Lorenzo (1976), no utiliza los horizontes propuestos en la etapa Lítica y reordena la cronología como sigue (Nalda, 1981: 62-63):

A pesar de constituir una propuesta interesante, no se generalizó en el vocabulario y práctica de los arqueólogos interesados en esta época.

La búsqueda de los términos adecuados en Estados Unidos

Entre las décadas de 1950 y 1960 se dio en Estados Unidos una intensa discusión sobre el problema de la nomenclatura de las etapas antiguas: ¿qué términos arqueológicos se deberían aplicar a sitios que presentaban los mismos artefactos? Al mismo tiempo, se establecían criterios para determinar el momento en que un sitio dejaba de ser antiguo y pasaba a otro rango.

Ciertamente, fue más difícil establecer el criterio para marcar las diferencias entre sociedades cazadoras-recolectoras en un amplio rango de tiempo, que establecer la diversidad entre las sociedades que subsisten de la caza, recolección y pesca, por un lado, y las sociedades que cultivan para obtener la mayor parte de sus alimentos, por el otro. Además, se esperaba que los periodos protagonizados por los cazadores-recolectores dieran cuenta de una especie de “progreso” o evolución en la tecnología de la piedra tallada (de lo más simple a lo más compleja).

Los principales protagonistas de esta discusión fueron Gordon Willey y Philip Phillips por una parte y Alex D. Krieger por la otra, pero no fueron los únicos. Los tres publican antes que

<i>Subperiodo</i>	<i>Acontecimiento</i>	<i>Fechas</i>
Recolección y caza inicial	Aparición del hombre en el México prehispánico	20 000/30 000 a 12 000 a.C.
Recolección y caza intermedio	Cambio en la importancia relativa de la caza	12 000 a 7 000 a.C.
Recolección y caza final	Aparición de primeros cultígenos	7 000 a 5 000 a.C.
Agricultura incipiente	Economía plenamente sedentaria y cierta estratificación social	5 000 a 1 000 a.C.

Lorenzo y éste, de hecho, los cita en su propio trabajo.

Recordemos que Krieger en 1954, junto con Suhm y Jelks, reflexionan sobre la necesidad de designar categorías para subdividir en grandes bloques la arqueología de Texas, elaborando un manual de puntas de proyectil,⁹ con el objeto de utilizarse principalmente como indicador cronológico, y abarcaba de la más antigua época conocida, hasta bien entrada la conquista española en Texas. Introdúcen los términos Paleoamericano, Arcaico, Neoamericano e Histórico (Krieger, 1954: 29). Surge la crítica por parte de Arthur George Smith, quien en 1957 publica en *American Antiquity* su desacuerdo con los términos en sí, sin pararse a discutir el contenido de los mismos ni los indicadores arqueológicos propuestos para éstos por sus autores. Sugiere sustituirlos por Paleo-indio, Meso-indio, Neo-indio e Histórico (Smith, 1957: 169). Como arriba se indicó, Aveyra utiliza los dos primeros términos en su clasificación de 1962.

<i>Términos utilizados por Suhm, Krieger y Jelks (1954)</i>	<i>Términos propuestos por Smith para sustituirlos (1957)</i>
Paleoamericano	Paleo-Indio
Arcaico	Meso-Indio ¹⁰
Neoamericano	Neo-Indio
Histórico	Histórico

Solo un año después, en 1958, aparece el libro “Method and Theory in American Archaeology” de Gordon Willey y Philip Phillips. Uno de los objetivos que se proponía el texto era agrupar en varios periodos todos los hallazgos arqueológicos de la época, que incluía no únicamente Norteamérica sino también el territorio mesoamericano por lo que se presta a cierta confusión ya que las etapas propiamente mesoamericanas (Formativo o Préclásico, Clásico, Postclásico) no necesariamente tienen corres-

pondencia en Norteamérica. Sin embargo, aparentemente nadie objetó al respecto. Se inicia con la época considerada más antigua (la Etapa Lítica) y termina en el momento de la conquista. Con esto en mente, Willey y Phillips formularon la siguiente división, la cual tenía como antecedente la que dieron a conocer en 1955.¹¹

Etapas para América
Etapa Lítica (Lithic Stage)
Etapa Arcaica (Archaic Stage)
Etapa Formativa (Formative Stage)
Etapa Clásica (Classic Stage)
Etapa Posclásica (Postclassic Stage)

FUENTE: Willey y Phillips, 1958:73.

El problema principal para Willey y Phillips fue su indefinición respecto a la presencia de la etapa, que tanto Lorenzo como Krieger consideraron la más antigua, misma que el primero denominó Arqueolítico y —como se verá más adelante— el segundo llamó Pre-punta de proyectil, aunque ambos las separan de las subsiguientes. Esta inseguridad se debería, según veladas insinuaciones de estos últimos, a que Willey y Phillips en realidad no tenían suficiente conocimiento del material lítico tallado ni de la tipología sobre el que aplican los criterios, por lo tanto no logran identificarla.

Regresando al texto de 1958, si bien Willey y Phillips no responden a las expectativas, en cuanto a la selección de sus categorías, sus definiciones sobre la etapa Lítica y la Arcaica son muy interesantes por el hecho de incluir en la discusión, en el primer caso, el aspecto de las condiciones cambiantes del clima. Para estos autores la etapa Lítica representa “[...] una época de adaptación de las sociedades migrantes a las condiciones fisiográficas y climáticas provocadas por la última glaciación en el Nuevo Mundo.” Por lo tanto, los criterios para identificarla serían “[...] las asociaciones de artefactos

⁹ *Introductory Handbook of Texas Archaeology*. Este primer manual incluye algo de cerámica la cual no tuvo el éxito de consulta de las puntas de proyectil.

¹⁰ Como antes mencioné, Aveyra retoma los dos primeros términos de Smith para realizar la clasificación de los sitios atribuibles a la etapa antigua de México.

¹¹ Clasificación de 1955: Early Lithic Stage; Archaic Stage; Preformative Stage; Formative Stage; Classic Stage; Postclassic Stage (Willey y Phillips, 1955: 735-819 y 1958: 73).

y otras evidencias de la actividad del hombre vinculada a depósitos geológicos o a restos de plantas y animales que reflejan esa época y condiciones.” (1958: 80). Entre paréntesis mencionaré que su etapa Lítica no coincide con la de Lorenzo en su totalidad, sino únicamente con el Cenolítico.

Por lo que respecta al Arcaico, lo definen como la etapa más antigua con evidencia de recolección sistemática de plantas. Esto implicaría un cambio en la estrategia económica, en la que la recolección sustituiría a la caza como el trabajo prioritario en las actividades de subsistencia (Willey y Phillips, 1958: 107). En publicaciones posteriores, Willey continúa formulando nuevas categorías, lo que sugiere que hasta bien entrada la década de 1970, el problema de indefinición seguía aún vigente.

Contemporáneamente, Krieger a su vez, reflexionaba sobre estos problemas así que algunos años después, en 1964, en su muy célebre artículo titulado “Early Man in the New World”, señala como su objetivo esbozar las etapas de las culturas precerámicas y manifiesta que su principal preocupación es conocer la antigüedad del hombre en el continente americano (Krieger, 1964: 25).

La categoría más general que utiliza es la de Etapa (stage) la cual, según el autor, es suficientemente amplia para aplicarla a nivel continental. Es decir, cada una de las etapas propuestas por Krieger debería en teoría estar presente en toda América (1964: 34). Se trata pues, de un recurso para manejar grandes cantidades de datos en un amplio espacio geográfico (*ibidem*: 25) y para sintetizarlos de manera sencilla, de tal forma que proporcione una perspectiva general al lector. (*Ibidem*: 40). Sin embargo hace notar que no hay que confundir la cronología con el contenido, “[...] cualquier etapa puede y debe de identificarse por sus rasgos diagnósticos, incluyendo su nivel tecnológico y económico, independientemente de si se conoce su antigüedad o no.” (*ibidem*)

Agrega que es lógico suponer “[...] que las etapas se iniciarán y terminarán en diferentes épocas en regiones diferentes de tal manera que

una antigua o sencilla podría sobrevivir junto a una más desarrollada.” (Krieger, 1964: 31)

En esta nueva publicación, no retoma ninguno de los términos establecidos en el trabajo de 1954 realizado junto con Suhm y Jelks, cambiando radicalmente su nomenclatura como sigue:

<i>Etapas</i>
Pre-punta de proyectil (<i>Pre-Projectile Point Stage</i>)
Paleo-indio (<i>Paleo-Indian Stage</i>)
Protoarcaico (<i>Protoarchaic Stage</i>)

FUENTE: Krieger, 1964: 42-51.

Tampoco incluye una cronología única, pues iría contra su propio planteamiento, pero menciona fechas de sitios individuales que podrían ejemplificar los rangos de temporalidad por etapa. Sin embargo, sí utiliza una perspectiva evolutiva de las etapas ya que respetará el orden propuesto, señalando que cronológicamente el Paleo-indio vendría después del Pre-punta de Proyectil y el Protoarcaico después del Paleo-indio (*ibidem*: 37).

Dos años después Gordon Willey, en su publicación de 1966, “An Introduction to American Archaeology, North and Middle America”, vol. I, definitivamente toma una postura respecto a la etapa “Pre-Punta de Proyectil”, descartando su presencia en el continente americano, lo que implicaría aceptar que el hombre más antiguo, cuando llegó a América, ya sabía fabricar puntas de proyectil, cosa que ponían en duda Krieger y posteriormente también Lorenzo, dado el tipo de material arqueológico por ellos considerado como el más antiguo proveniente particularmente de México y Sudamérica.

Willey menciona de manera rápida que esta etapa se podría considerar más bien una hipótesis no comprobada, en vista de la inexistencia de fechamientos por radiocarbono que mostraran una antigüedad mayor de 10 000 a.C., aunque de manera conciliadora agrega que piensa que es viable y lógico que exista una etapa anterior a la fecha mencionada.

Por otra parte, esta publicación es un ejemplo de la rapidez con la que los estudiosos cambian la nomenclatura de las categorías, su orden, o sus

subdivisiones en la arqueología americana. En este caso, el autor ya no incluye ni siquiera las categorías propuestas por él mismo y Phillips en 1958, desecha también los conceptos de “horizontes” y “etapas” e introduce en su lugar el de “tradicición”, aún cuando violenta la definición recién expresada por Krieger (1964), quien había intentado delimitar el alcance de la misma a “[...] una práctica tecnológica que se puede rastrear a diferentes tipos de conjuntos de materiales culturales.” (Krieger, 1964: 26). Y así, Willey ordena sitios y materiales arqueológicos, en un intento por diferenciar lo que aparece en el contexto arqueológico del occidente de Estados Unidos, de lo que sucede en el este de ese país, bajo un encabezado general de “Los americanos más antiguos” de la manera siguiente (Willey, 1966: 29-60):

<i>Los americanos más antiguos</i>
La tradición de la caza de grandes animales <i>(The Big Game Hunting Tradition)</i>
La antigua tradición cordillerana <i>(The Old Cordilleran Tradition)</i>
La tradición del desierto <i>(The Desert Tradition)</i>
La tradición arcaica <i>(The Archaic Tradition)</i>

Se podría concluir que hasta la década de 1960 no existió una uniformidad ni de criterios ni de términos y que éstos se diversificaron regionalmente.

Los manuales de puntas de proyectil de Texas

Como bien señala Gianfranco Cassiano, en México “[...] José Luis Lorenzo estructuró la primera propuesta acabada, que ha influenciado generaciones enteras de prehistoriadores, conceptualmente y semánticamente.” (Cassiano, 1992: 105), las cuales propuso en principio para su publicación titulada “La Etapa Lítica”; aun-

que en sus trabajos posteriores de 1975, 1980, 1987 las afinó.

Sin embargo, debido a la ausencia de una tipología lítica local consistente —derivada de artefactos procedentes de excavaciones controladas y fechadas por radiocarbono 14 en México, que proporcione indicadores cronológicos para la etapa Lítica— y a causa de la necesidad que los arqueólogos muchas veces tienen de fechar sitios con material de superficie (particularmente en el norte de México), se ha recurrido a los manuales desarrollados en Texas.

Podría decirse que actualmente, en ese estado norteamericano muchas de las puntas y otro tipo de artefactos líticos pueden utilizarse como indicadores cronológicos del material semejante en superficie con bastante seguridad, por el hecho de que se han realizado un buen número de excavaciones obteniendo material fechado por el método de radiocarbono asociado a determinado tipo de puntas.

Sin embargo, aún en el contexto de la arqueología texana, entre la década de 1950 y la de 1980 no existió unanimidad respecto a la utilización de las grandes categorías clasificatorias que indiquen determinados acontecimientos o rompimientos históricos, sociales y tecnológicos que se viesan reflejados en los diferentes conjuntos de artefactos líticos y sus contextos, para los que se desea señalar etapas u horizontes específicos.

Haciendo un rápido recuento, habría que retroceder hasta 1954, cuando se publicó “An Introductory Handbook of Texas Archaeology” (de Suhm, Krieger y Jelks) —el texto clave para la tipología de Texas ya mencionado— y donde utiliza las categorías de Paleoamericano, Arcaico, Neoamericano e Histórico; le sigue una revisión de la misma obra por Suhm y Jelks (1962) en el “Handbook of Texas Archaeology Type Descriptions”, que sin embargo no tuvo el impacto del primero.

Prewitt, en 1981 (por citar otros estudiosos), ordena una secuencia de puntas de proyectil de la región central de Texas en las siguientes etapas: Paleoindio, Arcaico (antiguo, medio y tardío); NeoArcaico e Histórico; Turpin (1982) propone Paleoindio tardío; Arcaico (antiguo,

medio y tardío), así como Prehistórico tardío e Histórico para la parte inferior del Río Pecos; Prikryl (1990) utiliza Paleoindio, Arcaico (antiguo, medio y tardío), Prehistórico tardío I y Prehistórico tardío II para la parte norte del centro de Texas.

Estos últimos arqueólogos, con sus excavaciones en Texas, no son los únicos o los más importantes que han introducido nuevas categorías o subdividido las existentes para dar cuenta del material específico que estudian. Los incluyo a manera de ejemplo para mostrar que los artefactos que aparecen en los sitios arqueológicos y sus asociaciones, propician naturalmente la eliminación, sustitución o introducción de nuevas categorías y el surgimiento de nuevos indicadores, particularmente en lo que respecta a las puntas de proyectil.

Sin embargo, un manual a la altura del de Suhm, Krieger y Jelks aparecerá hasta 1985, siendo sus autores Ellen Sue Turner y Tom Hester (Turner y Hester, 1985, 1993, 1999), con prólogo de Harry Shafer y dibujos de Kathy Roemer, cuyo título es “A Field Guide to Stone Artifacts of Texas Indians”. Declarado continuador del primer manual, no obstante actualiza, cuando es el caso, los datos y los amplía a la luz de las nuevas excavaciones y fechamientos, sin embargo, modifica la nomenclatura de todos los periodos excepto uno: el Arcaico, como puede apreciarse en la siguiente tabla en Turner y Hester (1985).

Artefactos líticos de los indios de Texas

Paleoindio		9 200 a.C. - 6 000 a.C.
Arcaico	antiguo	6 000 a.C. - 2 500 a.C.
	medio	2 500 a.C. - 1 000 a.C.
	tardío	1 000 a.C. - 300 a.C.
	de transición	300 a.C. - 700 d.C.
Prehistórico		700 d.C. hasta el histórico (llegada de españoles).
Histórico		

FUENTE: (Turner y Hester, 1985, 1993, 1999).

Los tres manuales mencionados (Suhm, Krieger y Jelks, (1954); Suhm y Jelks (1962) y Tur-

ner y Hester (1985, 1993, 1999)¹² no son los únicos manuales de puntas de proyectil publicados o utilizados en Estados Unidos, ya que en otras regiones tienen también sus propios manuales (Waldorf *et al.*, 1987). Pero muchos de los arqueólogos mexicanos mesoamericanistas se refieren particularmente al manual de 1954 de Suhm, Krieger y Jelks y a las diferentes ediciones de Turner y Hester. Una excepción son los que investigan Sonora, quienes manejan una nomenclatura desarrollada por la arqueología de Arizona (Carpenter *et al.*, 2005).

El hecho de que los arqueólogos mexicanos adopten una u otra nomenclatura —quienes ni siquiera participan en la discusión de los problemas arriba mencionados— no ayuda para la necesaria homogeneización del lenguaje científico, lo cual constituye una parte fundamental para desarrollar y avanzar en la disciplina en México.

Por otra parte, estos manuales se deberían utilizar con más cautela, lo que incluso recomiendan autores como Turner y Hester quienes señalan: “[...] francamente no creemos en la validez de algunos de los tipos aquí incluidos [...]”¹³ (1993: 9), observación que en México muchos ignoran. O cuando los mismos autores indican que los tipos de punta de proyectil descritos “[...] no deben de ser utilizados, de manera científica, para describir puntas de proyectil de forma similar localizadas en áreas lejanas [...]”¹⁴ (*ibidem*: 7).

La función real del manual sería servir de guía para comparar el material de una región específica de México con Texas, supuesto el caso que se tenga un interés teórico y metodológico particular para ligar la región bajo estudio con ese estado de la Unión Americana, lo cual, salvo los casos de cercanía inmediata (como la parte desértica de Chihuahua y Durango, Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas), no parece contener

¹² El primer manual de 1954 (Suhm, Krieger y Jelks) lo actualizan Suhm y Jelks en 1962, y lo revisan y amplían Turner y Hester (1985, 1993) a la luz de nuevas excavaciones y fechamientos por radiocarbono en Texas.

¹³ “[...] we frankly do not believe in the validity of some of the types presented here [...]”.

¹⁴ “[...] cannot be used, in a scientific fashion, for describing projectile points of similar shape in distant areas [...]”.

el tipo de problema arqueológico que se presenta en el resto del territorio mexicano, aún en las áreas donde las sociedades de cazadores-recolectores estuvieron presentes hasta el momento de la conquista, por ejemplo algunas áreas de San Luís Potosí, Guanajuato y Querétaro.

La variable que más se toma en cuenta, y que a veces es la única, es la forma de las puntas, la cual se reduce al contorno de la pieza, pasando por alto su acabado y grosor.

En la tecnología de la lítica tallada, sobre todo en el caso de las puntas de proyectil, existen formas básicas prácticamente universales e incluso características tecnológicas que se repetirán, sin importar su geografía y su antigüedad. La forma triangular o lanceolada —y variables como la presencia del pedúnculo, su base y muescas laterales, basales o diagonales— son muy comunes y abarcan intervalos de tiempo muy amplios, por lo que no son indicadores suficientes de contemporaneidad. Por ejemplo, una forma determinada de punta pudo haberse fabricado durante muchos años consecutivos, por lo que si el fechamiento de un sitio y su contenido se basan en lo anterior, podrían cometer un importante error en potencia. Esto hace necesario pues, desarrollar una nomenclatura y cronologías locales.

Algunas de las consideraciones que se pueden hacer respecto a la utilización de los manuales son las siguientes:

- 1) Es necesario tomar en cuenta como elemento importante la distancia geográfica que separa las puntas de los manuales de Texas de las que se intenta identificar, como bien lo han expresado los autores de los mismos.
- 2) Igualmente, es necesario considerar la historia arqueológica de la sociedad que produce tales materiales y su posible antigüedad relativa local, antes de extrapolar fechamientos y nomenclatura.
- 3) El contorno no es la única variable que debe de coincidir, sino la morfología total, la tecnología de manufactura e incluso el tamaño, el espesor y el peso.

De la identificación de puntas de proyectil a la asignación de periodos arqueológicos

El objetivo principal de los manuales no es únicamente proporcionar un orden a las puntas de proyectil en tipos específicos, sino también asignarle una antigüedad dada a este artefacto, y por ende, fechar con este recurso al sitio en sí.

Además, al adoptar la nomenclatura, tipología y el fechamiento del manual, se termina incluyendo las etapas, fases u horizontes (dependiendo del autor) de clasificación de los sitios utilizados para Texas, como el Paleoindio, Arcaico, Prehistórico y el Histórico. Lo anterior constituye un problema aparte, en el que los arqueólogos que estudian los estados mexicanos aledaños a Texas deberían aquilatar las limitantes que impone la asignación de los términos de los periodos arqueológicos mencionados.

Como es posible darse cuenta, una categoría equivalente al Arqueolítico no aparece por ningún lado, posiblemente porque no exista esta antigüedad en Texas, aunque de acuerdo con la opinión de Alan Bryan y Ruth Gruhn (2000), eso estaría por verse.¹⁵ Según estos investiga-

¹⁵ No se refieren a Texas sino en general a la tendencia de la arqueología estadounidense de ignorar hasta la posibilidad de su existencia. Al respecto, antes ya se mencionó el caso de Gordon Willey, quien descarta de su nomenclatura algún término que se refiera a cualquier periodo más antiguo que el Paleoindio, señalando las limitantes existentes para avalar esta posibilidad (particularmente fechamientos poco confiables). El problema se relaciona directamente con el poblamiento de América. A partir del descubrimiento de los sitios Clovis y su fechamiento por radiocarbono, se acepta que la más antigua migración de Asia a América por el Estrecho de Bering se realizó prácticamente al término de la glaciación Wisconsiniana, durante alguno de sus interglaciares. Por este motivo, se plantea la hipótesis de que el paso de Asia a América tendría que haber coincidido con el hecho de que el mar hubiera bajado hasta dejar al descubierto una especie de puente de tierra, de tal suerte que el hombre (*sapiens sapiens*) o sea el hombre moderno lo atravesó a pie a partir del 11,500 a.p. aproximadamente. Proponer una antigüedad anterior (como lo plantearon en su época Krieger y Lorenzo) —la cual podría remontarse hasta antes del 30 000 a.p.— implicaría pensar que el paso por el Estrecho de Bering se daría al inicio o incluso antes de que se iniciara la glaciación Wisconsin. En esas condiciones, el Estrecho de Bering

dores, en Estados Unidos —y Texas no es la excepción— se ha ignorado de manera persistente la presencia de un horizonte más antiguo al 11 500 a.p., e incluso se ha desarrollado una campaña sistemática, para evitar que se investigue tal horizonte (Bryan y Gruhn, 2000: 85).

Por otra parte, un término problemático para un periodo de México es el de “prehistórico”, cuando éste hace referencia a un periodo del 700 d.C. hasta el momento de la conquista española en Texas.

En México existe una tradición, ausente en Estados Unidos, de la existencia de un Departamento de Prehistoria, perteneciente al Instituto Nacional de Antropología e Historia¹⁶ cuya influencia en la arqueología mexicana fue considerable y marcó un hito en la historia de la institución y de la arqueología mexicana.

Cuando el Departamento inició sus funciones, el objetivo era cubrir una parte de la arqueología nacional que no estaba contemplada en el INAH, esto es, la de los más antiguos habitantes y colonizadores del territorio mexicano —cazadores-recolectores definidos también como precerámicos y preagrícolas— y terminando en el momento en que hacían su aparición las sociedades mesoamericanas hacia el 2 500 a.C.

A un año de su fundación al ampliar su área de trabajo hacia el norte de México, se establece con claridad que aparentemente las sociedades prehispanicas en esa parte del país continuaban siendo cazadoras-recolectoras, precerámicas y preagrícolas, en fecha en las que ya habían desaparecido en territorio mesoamericano y por lo tanto, no eran “antiguas”. Prehistoriadores como Luis Aveleyra Arroyo de Anda y don Pablo Martínez del Río, al reflexionar sobre este punto, concluyen que el campo de la prehistoria,

en el caso de México, debería abarcar a todas las sociedades cazadoras-recolectoras, independientemente de su antigüedad.

Por lo que a la prehistoria más antigua se refiere, Aveleyra la divide en dos momentos: el que inaugura la presencia del hombre en México y daría cuenta de la “[...] contemporaneidad entre el hombre y las diversas especies animales típicas del Pleistoceno final, hoy extintas”, y “[...] coincide con la cacería de megafauna y otros animales”. Posteriormente esta forma de subsistencia “[...] cede lugar a los recolectores de frutos y semillas naturales.” (*ibidem*) (Aveleyra, 1956: 57). Representado este momento por los hallazgos en la Cuenca de México sobre todo.

Por lo que respecta al norte árido de México: “La Prehistoria se prolonga hasta la Conquista.” (*ibidem*: 58).

Durante más de 30 años, desde que se inicia en 1952 la Dirección de Prehistoria (luego Departamento de Prehistoria) del INAH, hasta que desaparece en 1988, la práctica y el estudio arqueológico de las sociedades cazadoras-recolectoras no cuestionaron esta definición, creando así una tradición y un consenso en nuestra disciplina, ya que hasta que el INAH inicia su expansión, cubriendo todo el territorio nacional a través de la creación de los centros regionales en los estados que se conocen actualmente como Centros INAH, el estudio de tales sociedades estaba circunscrito a este Departamento.

En resumen, el hecho de que se utilice un término como “prehistórico” para describir únicamente el momento inmediato anterior a la conquista española, resulta una aberración por decir lo menos, en el contexto de la historia de la arqueología mexicana y más específicamente en la rama de la prehistoria.¹⁷

Además en Texas y en todo Estados Unidos nunca existió una historia precolombina (prehispanica en México) documentada por escrito,

probablemente estaría cubierto de agua y para atravesarlo los hombres asiáticos debieron utilizar botes, cosa que los arqueólogos que apoyan la hipótesis “Clovis first” la descartan. Por otra parte, no existen en toda América restos humanos que no pertenezcan al hombre moderno (*sapiens sapiens*), ni se permite siquiera en los círculos académicos plantear la posibilidad de que pudieran existir. Pero al introducir fechamientos que muestran una antigüedad mayor, entraría a la discusión la posibilidad de que también el Neandertal pudiera haber realizado esta travesía.

¹⁶ Inicialmente Dirección de Prehistoria.

¹⁷ Suhn, Krieger y Jelks (1954: 18), señalan lo siguiente con respecto al Arcaico: “It bridges the time between Paleo-American nomadic hunting people on the one hand, and the settled agricultural, pottery-making Indians on the other”. O sea que se trata de un punto intermedio entre el Paleoamericano y el Neoamericano. El Arcaico no implica la práctica de la agricultura.

mientras que en una buena parte del territorio mesoamericano, sí la hubo.

Por otra parte, el término “Arcaico” utilizado con una diferente connotación en Estados Unidos y en México, tiene toda una larga historia en este último país, como se revela en la bibliografía arqueológica que lo sustenta.

El “Arcaico” en Estados Unidos y en Texas según los manuales se refiere a “[...] un gran lapso de tiempo de caza y recolección que se inicia hacia el 6 000 [...]” (Turner y Hester, 1985: 48) y no incluye la agricultura. Mientras que en México, ya en 1920 Gamio se refería a las culturas mesoamericanas más antiguas con cerámica como “arcaicas”, término común casi desde principios del siglo XX para describir a este momento histórico hasta que fue sustituido por otra categoría como el Preclásico (o Formativo).

¿Y qué decir del término “Histórico”? En la arqueología mexicana este término se ha aplicado al Posclásico tardío en sí, ya que existen documentos prehispánicos que relatan la historia de muchas de las sociedades indígenas de la época, antes de la llegada de los españoles. Y una vez que estos últimos aparecen en el territorio mexicano, inauguran una nueva etapa en la historia del país. Los historiadores y los propios arqueólogos mexicanos han utilizado e institucionalizado el término “Colonia” o “Época colonial” para referirse al mismo. Desde el norte de México, los arqueólogos parecen ignorar la historia de la arqueología mexicana y utilizan los lineamientos de la arqueología de Texas y de Arizona, sin mediar ningún cuestionamiento respecto a la congruencia que es necesario establecer en términos de la historia de nuestra disciplina.¹⁸

Me parece, sin embargo, que para la arqueología mexicana, de todos los términos mencionados, el que más problemas representa es el de “prehistórico” porque aquí el término “Prehistoria” (al igual que “Mesoamérica”) son temas de investigación y no fases, horizontes o etapas,

¹⁸ Se trata de una práctica común actualmente en los estados del norte de la República. Por poner algunos ejemplos tomados aleatoriamente; véase (García Moreno: 2008).

como se utiliza en Estados Unidos. También debería ser motivo de preocupación la ausencia de un término para referirse a una etapa anterior al Paleoindio ya que de alguna manera refleja intereses extracadémicos e impone una forma de pensar limitada que no es acorde con el prototipo de la investigación científica.¹⁹

Los horizontes de la etapa Lítica y la arqueología de los cazadores-recolectores del norte árido de México

De acuerdo con lo arriba expresado, podría decirse que la categoría de “etapa Lítica” da cuenta del campo de estudio de la “Prehistoria” en México, misma que se construyó a partir del tipo de sitios y materiales arqueológicos, en particular del altiplano central y de otras partes de Mesoamérica.

El hecho de que una buena parte de las sociedades prehispánicas del norte árido de México²⁰ mantuvieran una tradición económica, tecnológica y social de cazadores-recolectores sin adoptar la agricultura, salvo excepciones que no es el momento de discutir, no fue objeto de preocupación o debate por parte de los prehistoriadores, cuando Lorenzo presentó a la comunidad arqueológica su propuesta en la cual se asumía que los grupos cazadores-recolectores originales se transformarían a la larga en productores de sus alimentos.

Pero en la medida en que esta área geográfica se ha incluido como parte de la investigación arqueológica de manera consistente, sobre todo a partir de la creación de los Centros INAH, la can-

¹⁹ En los últimos tiempos se ha introducido de manera informal en la literatura relacionada con el poblamiento de América el término “pre-Clovis”.

²⁰ En el norte árido de México incluyo, siguiendo a Paul Kirchhoff, las partes centrales del desierto del altiplano septentrional (conocido como Desierto de Chihuahua, el cual incluye el occidente de Chihuahua y Durango y la mayor parte de Coahuila); las partes más áridas de Nuevo León y Tamaulipas, así como los desiertos de Sonora y Baja California. Kirchhoff denomina Aridoamérica a esta gran área, término que comparto para otro tipo de estudios, pero para el presente me parece más práctico utilizar “Norte Árido”.

tividad y tipo de materiales y contextos arqueológicos registrados muestran la necesidad de crear subdivisiones más específicas, acordes con la realidad del norte mexicano, que tome en cuenta diferentes momentos a lo largo de la historia prehispánica caracterizada por: migraciones, alteraciones demográficas, cambios tecnológicos, y reducción o ampliación del territorio originalmente habitado únicamente por cazadores-recolectores.

El importante hecho histórico del surgimiento y la expansión de Mesoamérica, la cual se amplió hasta la altiplanicie septentrional mexicana siguiendo los valles fértiles pegados a las Sierras Madres, donde se continuó con el patrón de caza-recolección, debió tener repercusiones que hasta el momento han pasado desapercibidas en términos de las relaciones entre ambas formas de producción (agricultura de temporal *versus* apropiación de los productos de la naturaleza).

Tal vecindad no necesariamente fue un factor de peso para Texas y en caso de que lo haya sido, no se toma en cuenta en Estados Unidos, ni se refleja en la nomenclatura.

La realidad en la arqueología mexicana del norte de México indica que se requiere empezar por el principio, sin intentar brincar etapas en la investigación utilizando manuales producidos en función de circunstancias arqueológicas ajenas, pues su propia metodología implícita está señalando el camino a seguir.

Lo que ha aportado la arqueología de Texas es la identificación de varios fenómenos al interior de las sociedades que habitaron en su territorio hasta la llegada de los españoles, como es la adopción temporal de la agricultura, el abandono de la misma y el regreso a la caza y recolección, etcétera; fenómenos que sí tuvieron significado local para las poblaciones autóctonas, pero que no repercuten en las investigaciones arqueológicas del norte árido de México y que no se deducen con la automática aplicación de las categorías que aportan los manuales texanos.

A esto habría que considerar las diferencias ecológicas presentes en una y otra margen del Río Bravo y su territorio adyacente (muy evidentes en el caso de Coahuila), en vista de que

influyen en las soluciones que aplicaron sus habitantes, su relación con el desierto mismo, su relación con otros grupos de cazadores-recolectores y con otro tipo de sociedades geográficamente cercanas (mesoamericanas y oasisamericanas).

En los informes y las publicaciones producidas a partir de la investigación generada en los Centros INAH, cuya columna vertebral suele ser el análisis de la lítica tallada, se recurre al manual texano para por una parte, identificar las puntas de proyectil localizadas, y por otra, asignar una cronología a las formas particulares. Además, se denomina a toda una gran etapa histórica local con el nombre que el manual vincula con la historia arqueológica de Texas y con otras partes de Estados Unidos.

Prácticamente está ausente de estos informes y publicaciones el Paleoindio; el Arcaico aparece con frecuencia, pero la mayor parte de los sitios y materiales son de poca antigüedad y terminan en el apartado de Prehistóricos I y II e Históricos.

Por las diferentes razones que he expresado a lo largo de este trabajo, me parecería mucho más congruente, por el momento, continuar utilizando las categorías introducidas por Lorenzo en 1967, para la etapa más antigua (Arqueolítico, Cenolítico inferior y superior), ya que son suficientemente amplias y, sobre todo, carece de las connotaciones, incluso ideológicas que las pugnas académicas han generado en Estados Unidos.

Ciertamente presentan limitantes de orden teórico como lo han hecho notar otros estudiosos. La reflexión de Casiano al respecto es que: “Con los años, su reconstrucción [de la etapa Lítica por parte de Lorenzo] se ha ido depurando y enriqueciendo en el manejo de datos arqueológicos y ambientales, pero sigue careciendo de un marco explicativo de carácter social” (Casiano, 1992: 105). Pero esta limitante está también presente en la arqueología del sur (de oeste a este) de Estados Unidos.

En la práctica, las categorías de la etapa Lítica permiten incluir como un objetivo del trabajo de campo —aunque de manera hipotética— la presencia de una etapa más antigua que el Pa-

leoindio. No se debe ignorar esta posibilidad simplemente porque no existe una referencia en los *Handbook*.

Para periodos posteriores al Cenolítico superior en el norte árido de México, se requiere introducir categorías sugeridas por el propio fenómeno arqueológico local y no especular respecto a lo que quiere decir algún colega en territorio mexicano con Prehistórico y otro con Prehistórico II, cuando uno se refiere a una fecha como 1000 o 700 d.C.

Conclusión

El trabajo pendiente para las etapas más antiguas de ocupación del territorio mexicano es el desarrollo de secuencias locales fechadas por radiocarbono, por lo que es necesario realizar excavaciones, pues sus hallazgos son finalmente los que cuentan a la hora de escribir la prehistoria del continente. Es el caso de las excavaciones de Santa Isabel Iztapan, (Aveleyra, 1956; Aveleyra y Maldonado-Koerdell, 1953) Tlapacoya (Lorenzo y Mirambell, 1986), El Cedral, (Lorenzo y Mirambell, 1990), Los Glifos (García-Bárcena, 1979), que se han constituido en puntos de referencia para la prehistoria nacional y continental.

Y para las etapas más recientes del norte árido de México, particularmente las que muestran una continuidad de la tradición de caza y recolección o eventos cortos de prácticas de agricultura, se requiere introducir categorías que proporcionen una imagen más cercana a la historia del pasado, que indique lapsos o cortes lógicos a la dinámica local y que permita narrar una historia con mayor detalle de la que realmente nos ofrece la interpretación actual.

Si el desarrollo teórico de la arqueología contemporánea mexicana, permite la construcción de otro sistema de referencia y nomenclatura,²¹ será necesario proponerlo a la comunidad ar-

queológica nacional, lo cual podría pensarse en una tarea a largo plazo.

A corto plazo, urge recuperar una nomenclatura de las diferentes etapas en que se subdivide la arqueología mexicana y que marque una distancia con la que utiliza la arqueología texana, cuya *praxis* no tiene porqué solucionar automáticamente los problemas derivados de la limitada exploración arqueológica del territorio de los cazadores-recolectores del desierto mexicano.

De ahí que, como bien advierte Nicolau, la categoría de la etapa Lítica y sus subdivisiones, a pesar de que no contiene una cobertura explicativa, es factible tomarla, junto con sus respectivas categorías para subdividirla, “[...] como una base de enunciación sobre la que se puede desarrollar un modelo teórico más general [...]” (Nicolau, 2002: 6). Pero incluso, en términos meramente empíricos es necesario manejar categorías, fases, horizontes que nos permitan vincular el norte árido de México con la historia que se está generando dentro del mismo, durante y posterior a la etapa Lítica en Mesoamérica.

Bibliografía

- Aveleyra Arroyo de Anda, Luis
1956. “The Second Mammoth and Associated Artifacts at Santa Isabel Iztapan, México”, en *American Antiquity*, Salt Lake City, vol. 22, núm. 1, pp. 12-28.
- 1962. *Antigüedad del Hombre en México y Centroamérica: catálogo razonado de localidades y bibliografía selecta (1867-1961)*, México, UNAM, Cuadernos del Instituto de Historia (Serie Antropológica, 14).
- Aveleyra Arroyo de Anda, Luis y Manuel Maldonado-Koerdell
1953. “Association of Artifacts with Mammoth in the Valley of México”, en *American Antiquity*, Salt Lake City, vol. 18, núm. 4, pp. 332-340.
- Bryan, Alan y Ruth Gruhn
2000. “Observations on the Final Demise of the Clovis-First Model”, en Jaime Litvak y Lorena Mirambell (coords.), *Arqueología, historia y antropología*. In Memoriam, José Luis Lorenzo

²¹ A partir de la correlación con los datos empíricos que aporte un trabajo de campo sistemático y controlado en la adquisición de sus datos, de sus análisis y del fechamiento de sus materiales.

- Bautista, México, INAH (Científica, 415), pp. 45-56.
- Carpenter, John P., Guadalupe Sánchez y María Elisa Villalpando C.
2005. "The Late Archaic/Early Agricultural Period in Sonora, Mexico", en Bradley J. Vierra (ed.), *The Late Archaic Across the Borderlands from Foraging to Farming*, Austin, University of Texas Press, pp. 13-40.
 - Casiano, Gianfranco
1992. "El poblamiento de México a fines del Pleistoceno", en *Cuicuilco*, México, ENAH, núms. 29 y 30, enero-junio, pp. 105-124.
 - De Terra, Helmuth
1946. "New Evidence for the Antiquity of Early Man in Mexico", en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, México, Sociedad Mexicana de Antropología, t. 8, núms. 1, 2 y 3, pp. 69-88.
 - De Terra, Helmuth, Javier Romero y T. Dale Stewart
1949. *Tepexpan Man*, Nueva York, Viking Fund Publications in Anthropology, núm. 11.
 - Gamio, Manuel
1932. "Las excavaciones del pedregal de San Ángel y la cultura arcaica del Valle de México", en *Arqueología e Indigenismo* (introducción y selección de Eduardo Matos Moctezuma), México, SEP (SepSetentas), pp.70-89.
 - García Bárcena, Joaquín
1979. *Una punta acanalada de la cueva los Grifos, Ocozocoautla, Chis.*, México, INAH, Departamento de Prehistoria (Cuadernos de Trabajo, 17).
 - García Moreno, Cristina
2008. *El Complejo San Dieguito en el Noroeste de México*, México, INAH.
 - Krieger, Alex D.
1950. "Tepexpan Man", en *American Antiquity (Book Reviews)*, Menasha, vol. 15, núm. 4, pp. 343-349.

1964. "Early Man in the New World", en Jesse D. Jennings y Edward Norbeck (eds.), *Prehistoric Man in the New World*, Chicago, The University of Chicago Press.
 - Lorenzo, José Luis
1967. *La etapa lítica en México*, México, INAH, Departamento de Prehistoria.

1975. "Los primeros pobladores", en *Del nomadismo a los centros ceremoniales, México: panorama histórico y cultural*, México, SEP-INAH, pp. 15-64.

1980. "Los orígenes mexicanos", en *Historia general de México*, México, El Colegio de México, t. 1, pp. 83-124.

1987. "Etapa lítica en Norte y Centro América. Sobre los orígenes del hombre americano", en *Historia General de América-Periodo Indígena*, Caracas, Academia Nacional de Historia de Venezuela, 396 pp.
 - Lorenzo, José L., y Lorena Mirambell (coords.)
1986. *Tlapacoya: 35 000 años de historia del Lago de Chalco*, México, INAH (Científica, 155).
 - Maldonado-Koerdell, Manuel
1949. "Las industrias prehistóricas de México", en *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, México, INAH, t. III, 1947-1948, pp. 9-16.
 - Nalda, Enrique
1981. "México prehispánico: origen y formación de las clases sociales", en Enrique Semo, (coord.), *México un pueblo en la historia*, México, Universidad Autónoma de Puebla/Nueva Imagen, vol. 1, pp. 45-157.
 - Nicolau Romero, Armando
2002. "Los petroglifos del Cerro de los Chichimecas. Elementos para la documentación y análisis arqueológico de un sistema de comunicación gráfica rupestre", tesis de licenciatura, México, ENAH/INAH/SEP.
 - Shafer, Harry J.
1986. "Nine Thousand Years of Occupation. The Cultural Sequence", en Harry J. Shafer (ed.), *Ancient Texans. Rock Art and Lifeways Along the Lower Pecos*, San Antonio, Witte Museum.
 - Smith, Arthur G.
1957. "Suggested Change in Nomenclature of the Major American Time Periods" en *American Antiquity*, Salt Lake City, vol. 23, núm. 2.

- Suhm, Dee Ann, Alex D. Krieger y Edward Jelks
1954. "An Introductory Handbook of Texas Archaeology", en *Bulletin of the Texas Archaeological Society*, Austin, núm. 25.

 - Turner, Ellen Sue y Thomas R. Hester
1993. *A Field Guide to Stone Artifacts of Texas Indians*, Houston, Gulf Publishing Company.

 - Waldorf, V. y D. C. Waldorf
1987. *Story in Stone. Flint Types of the Central and Southern U.S.*, Branson Mound Builders Books.

 - Willey, Gordon R.
1966. *An Introduction to American Archaeology*, Englewood Cliffs, Prentice-Hall, vol. 1.

 - Willey, Gordon R. y Philip Phillips
1955. "Method and Theory in American Archaeology, t. II: Historical Developmental Interpretation", en *American Anthropologist*, núm. 57, pp. 735-819.
- (1958) 1970. *Method and Theory in American Archaeology*, Chicago, The University of Chicago Press.

